



AL SALIR DEL CAMPO

## 'Això és un 'derby' i la resta són punyetes'

DANIEL VÁZQUEZ SALLÉS

Quién nos iba a decir que el gol de Tamedo, ese que dejó a los *culés* con las témporas al aire y al círculo virtuoso más chamuscado que el acelerador de partículas suizo, devolvería a los *derbies* el exquisito olor de antaño. Dos años más tarde de ese tanto doloroso o épico o dramático u orgásmico, allá ustedes con el calificativo, el hacha de guerra vuelve a desfundarse cada vez que se enfrentan los dos equipos más históricos e históricos del área metropolitana, como quedó patente en el *derby* del sábado. En el campo, se enfrenta-

ban dos *escuadras* con los problemas existenciales de siempre. Por una parte el Espanyol, equipo que, como un eterno adolescente, no acaba de encontrar su definitiva identidad en un mundo cruel mientras medita si su nombre lleva ñ o ny, si su título es Real o Reial, y si su rincón en el paraíso está en Sarrià, Montjuic, Cornellà o al otro lado del Misisipi. Por la otra, el Barcelona, equipo que nunca termina de madurar y que fulmina sus reinados futbolísticos como Luis XVI finiquitó el suyo. Con estas dos entidades de tan especial idiosincrasia frente a frente, el partido tuvo todo aquello que se le exige a un *derby*: nervio, garra y emoción hasta el último minuto. Visto el partido, lo que queda claro es que, a pesar de que al Barcelona le falta zarpazo en el área, el trabajo de Pep Guardiola en el banquillo irradia magisterio —lecciones de cálculo, de geometría, de hermosa narrativa— algo no exento de peligrosidad en un país en el que se tiene muy poca consideración para con el trabajo de los

maestros. Como dirían los actores, mucha mierda para el antiguo capitán azulgrana, y mucha mierda para Messi. Un gran lector de poesía como Guardiola es el entrenador mejor capacitado para entender las metáforas futbolísticas de Messi, el genio futbolístico indiscutible a pesar de tener en contra al suegro del Kun, predicador iluminado que un día

**A pesar de que al Barça le falta zarpazo en el área, el trabajo de Guardiola en el banquillo irradia magisterio**

fue Maradona, y a toda una prensa obsesionada en desposeer del título al jugador de la Barcelona en quiebra para entregárselo, como si fuera una obligación divina, a un jugador que juegue bajo el cielo del Madrid triunfante. El

año pasado, el elegido era Robinho, hoy tocan la gaita con Agüero.

Y como la trastienda también forma parte del *derby*, el lote fue completo. No faltaron las autoridades, casta indispensable cuya importancia asistencial se manifiesta en la calidad de los canapés servidos tras el partido. Y no faltaron las incendiarias declaraciones postpartido del presidente del Espanyol, Daniel Sánchez Llibre, cuya capacidad discursiva entenece tanto como unos berberchos; o el renovado temple de Joan Laporta, presidente que tras un misterioso exorcismo, parece haber expulsado de sus entrañas el espíritu de "al loro" o de José Luis Núñez. Sin todos estos elementos, grandezas y miserias del fútbol, la vida sería un mar de lágrimas. A pesar de los Boixos Nois y sus bengalas sin control en un estadio "controlado" —en este tiempo de resurrecciones nuñistas todo es posible— este *derby* fue muy grande y demostró que, en general, el mito de David contra Goliat es un camelo.